

cionándolos siquiera. Es que, a nuestro entender, no tienen importancia alguna. Con buena voluntad por mi parte, y mayor por la vuestra para escucharme, hubiera podido mencionar lavados, e irrigaciones, antisépticos, substancias aisladoras que prometen al individuo evitarle estos males. Pero sus promesas son vanas casi siempre, son ineficaces los medios propuestos, y, sobre todo, son mezquinos sus resultados. Las infecciones sexuales son una enfermedad social y como la tuberculosis, el alcoholismo, las degeneraciones, su profilaxia rebasa ya los límites de la ciencia médica para encargarse de ella el sociólogo reformista. El mal está en las entrañas de la sociedad, y hasta allí debemos llevar el remedio, si es que no queremos que el fracaso remate nuestras tentativas; estas enfermedades sociales no podemos curarlas más que con remedios sociales. Por eso en Medicina vamos

escribiendo lentamente y en silencio en nuestras banderas un ideal reformista, un ideal revolucionario. No nos sirven, para explicar la causa de la enfermedad los microbios y los datos de la anatomía patológica; ellos, a su vez, son un síntoma y la causa primera, la que está más allá de lo que puede descubrir el microbiólogo, la que hay que observar con la atención y serenidad del científico, pero que hay que entender con corazón de hombre; la que no es sólo Verdad sino Amor, la hallamos en los graves defectos de nuestra organización social. A esta causa primera debemos aplicar el remedio.

La Medicina social no debe ser patrimonio de timoratos, ni de ambiciosos, ni de egófstas. Ella sólo puede ser ejercida por los hombres libres, por los fuertes, por los justicieros.

DR. J. AGUADÉ MIRÓ

El título

¿Qué hacer con los desocupados? — preguntan las ciudades. — ¿Cómo labrar las tierras incultas? — interrogan los campos. — Ved todo el problema de la miseria. Cien mil hombres que quieren trabajar; quinientas mil tierras demandan cultivo. ¿Quién impide que estas necesidades se satisfagan? Una organización, una sociedad, un Estado. Pues bien, esta organización es defectuosa. Sus prohombres no tienen derecho a hablar de caridad.

Un genio providente encontraría las calles de las grandes ciudades pobladas de menesterosos y los muelles de los puertos abarrotados de emigrantes, e impulsado por una compasión verdadera, les llevaría a las campiñas y ante las grandes extensiones de tierra labrantía, hecha estéril por el abandono, les diría: «Trabajad y comed». En los rostros de los desvalidos aparecería una mueca de desesperación y de abatimiento. «Las tierras tienen dueño — dirían y nosotros no podemos,

sin su consentimiento, cultivarlas». Entonces, el genio de la Piedad dejaría a los vagabundos forzosos y buscaría a los propietarios, creyendo encontrar hombres fuertes, musculosos, recios, bien alimentados, poseedores del ocio y la tranquilidad.

¡Cual no sería su desilución! Acaso, en algunos, toparía con la riqueza y pensaría, con justicia, en la expropiación de los latifundios, inícuamente detentados. Pero en la mayor parte de las comarcas vería al propietario aniquilado, hambriento, falto de fuerzas y de medios para demandar a la tierra sus frutos generosos. En un lado serían los impuestos, en otro los censos, faros y enfiteusis, aquí la usura, acullá los litigios, en todas partes la inacción injusta, lo que impedían el cultivo. Entonces, el genio del Bien, acaso se desentendería de títulos y adjudicaría a cada trabajador su parcela; eximiéndole para siempre de todo pago o tributación onerosa. Y aquel